

LA CONSTRUCCIÓN DE LA ESPERANZA

Gustavo Mascó *

* Presbítero. Responsable de la Comisión Arquidiocesana de Minoridad. Preside la Asociación Civil El Almendro, de recuperación de adictos y ayuda a familiares. Miembro de la Pastoral Familiar.

Las consecuencias de la crisis económica y social que atraviesa nuestro país se nos muestran claramente si nos detenemos a observar a nuestros niños y adolescentes. Muchos se ven desesperanzados, apáticos, poco estimulados y carentes de proyecto debido a la falta de respuestas y de alternativas que desde el Estado y desde la sociedad se les ofrecen.

El futuro se les aparece incierto, las posibilidades de progreso para gran cantidad de ellos son nulas y muchas veces no encuentran contención en su hogar. Todos sabemos que numerosas familias viven un momento difícil. La falta de trabajo y la pauperización no sólo han impedido que puedan satisfacer sus necesidades básicas materiales, sino que por sobre todas las cosas resquebrajaron la confianza de los sujetos en sus propias capacidades y talentos. Claramente se les demostró que los derechos proclamados en la Constitución Nacional no estaban destinados a ellos. Tal vez podían gozar de algún tipo de derecho político, pero evidentemente los derechos sociales y económicos –conquistados y garantizados por nuestra Constitución– en la segunda parte del siglo xx les serían esquivos.

En este contexto es muy difícil para los padres generar un marco de confianza y optimismo dentro del seno familiar y transmitir a sus hijos esperanza en el futuro.

Una tarea primordial del Estado y de las organizaciones de la sociedad civil es generar una política de empleo que inte-

gre a los ciudadanos que han sido excluidos de cualquier tipo de derecho y a sus familias; que los integre pero sobre todo que los dignifique. Debemos revalorizar la cultura del trabajo y del esfuerzo, ya que la misma es el mejor ejemplo que un padre le puede dar a sus hijos. Como sociedad debemos nuevamente creer que vale la pena esforzarse, pensar en el otro, crear el espacio de diálogo intergeneracional. Debemos demostrar que este el mejor camino para conquistar nuestros anhelos y desarrollar nuestros proyectos.

La política de empleo debe acompañarse de una política de educación inclusiva que es uno de los mejores *antídotos* contra la pobreza. Los niños y adolescentes deben recibir una educación de calidad. Sus maestros tienen que convertirse en referentes, no sólo transmisores de saberes y conocimientos específicos, sino también de esperanza. Los jóvenes de hoy necesitan que los adultos les transmitamos esperanza. Es en la escuela, con el acompañamiento de su familia, donde el niño puede empezar a formar su proyecto de vida y su identidad. Es un lugar para que descubran y para que se les enseñe que son sujetos de derecho y para que comprendan que los derechos que les son negados a sus padres, a sus amigos, a ellos mismos deben reconquistarse no a través de la violencia armada, sino demostrando que las sociedades no progresan cuando se diseñan políticas para un 20% de la población, sino cuando se piensa en el conjunto.

En hebreo la palabra *enfermo* significa “sin proyecto”. Hoy en día nuestra sociedad se muestra enferma porque no tiene proyecto y tampoco le permite a los jóvenes construir el propio ya que no se les brindan alternativas certeras.

La incertidumbre es un signo de nuestro tiempo que genera mucho miedo, ansiedad, confusión. La ausencia de valores espirituales en la sociedad lleva a las personas al consumo de sustancias, de cosas para tapar el vacío existencial del dolor y que se expresa muchas veces en no pedir ayuda para superar los percances que ocasionan las malas decisiones que otros adoptan en relación con nosotros y aun con las propias. La falta de cuidado y de ejemplo lleva a la inmadurez de relaciones fugaces, quebradizas; no se profundiza, se consume y se descarta. En muchas circunstancias la carencia de afecto favorece confundir experiencias efímeras con un sentimiento verdadero. El amor auténtico implica tener un proyecto, transitar un camino, una construcción del desarrollo personal con uno mismo, con los otros, con toda la creación, con Dios.

Por un lado, cierto discurso instalado en la sociedad obliga a un adolescente en situación de pobreza a consumir con la promesa de que eso le *asegura* pertenencia y, por el otro, lo priva del acceso al consumo.

Si esperamos que esto no genere violencia, estamos equivocados. De ninguna manera estoy justificando la violencia desde abajo. Por el contrario, resalto que existe otra violencia estructural que se impone desde arriba, que se relaciona con las macropolíticas neoliberales implementadas y que de a poco la genera desde abajo. Esto debe empezar a cambiar si queremos construir la esperanza que se comienza a diseñar con cada proyecto de vida sobre la base del esfuerzo que implican los valores del trabajo, el estudio, el descanso, la amistad, el amor. 